

ESTRENO

La finta giardiniera

en el Teatro Julio Castillo

por Vladimiro Rivas Iturralde

El estreno en México de la *La finta giardiniera* (*La jardinera fingida*), K. 196, de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791) tuvo lugar en Bellas Artes el 9 de noviembre de 1945 y fue bastante *sui generis* por estar reducida a un acto y cantada en español. Ahora, 27 de abril de 2018, el infatigable **José Luis Castillo**, al frente de la Orquesta de Cámara de Bellas Artes y un más que solvente equipo de cantantes del Estudio de la Ópera de Bellas Artes la reestrenó el Teatro Julio Castillo en su idioma original y duración casi completa.

La finta giardiniera ocupa un lugar central en la producción juvenil de Mozart. Su biógrafo y estudioso Alfred Einstein la usa como referencia para situar muchas otras obras de juventud. Tuvo dos versiones, una en italiano y otra en alemán, que corrió en su tiempo con mejor suerte que la primera. Apenas en la década de 1950 se encontraron los originales tales como los concibió Mozart, y desde entonces ha recorrido los teatros europeos y americanos.

La *opera buffa* es un género que consiste en una comedia de enredos y alterna recitativos en italiano con partes cantadas (arias, dúos, tercetos, etcétera). *La finta giardiniera*, como dice el título, trata de una mujer a la que, habiéndosele dado por muerta en una escena de celos por su novio, sobrevive y, disfrazándose de jardinera de unos nobles, busca neciamente reencontrarse con su galán. En su búsqueda, tropieza con dos parejas más que, como ella, se encuentran y desencuentran en el amor, y también con un alcalde que se quedará solo, en espera de una mejor oportunidad. Como en todas las comedias bufas, hay mascaradas, fingimientos y búsqueda de la verdad de los sentimientos.

Cuando esta ópera se estrenó con gran éxito en Munich en 1775, Mozart tenía 19 años de edad y ya era un joven maestro en todos los géneros. Conocía muy bien la voz humana y escribió excelentes números individuales y de conjunto. Por ello, esta ópera posee, de principio a fin, un gran encanto y una gracia que hace posible un gran desempeño vocal y actoral.

Y es lo que sucedió con la puesta en escena de **Alfonso Cárcamo**, la puesta en música de Castillo y su equipo, orquesta y cantantes, quienes derrocharon simpatía y aptitudes vocales y actorales. La dirección puso a la orquesta en el escenario, donde los cantantes se movían entre los músicos de la orquesta, obligándolos a interactuar con ellos; una cantante, por ejemplo, desplazó de su lugar al director de la orquesta, quien, resignado e impaciente, ocupó una silla próxima y se puso a esperar que la intrusa terminara su recitativo. Uno de los momentos más graciosos ocurrió cuando dos violistas con cascos a lo Darth Vader irrumpieron en la escena amenazando disparar con sus violas a dos cantantes insumisos.

Mozart es una gran escuela de canto. Con él se aprende disciplina, precisión, libertad dentro de leyes severas, musicalidad, expresividad. El conjunto de cantantes del Estudio de Ópera



de Bellas Artes fue homogéneo, con algunas voces más que adecuadas al estilo mozartiano. Todo el elenco femenino brilló en sus respectivos papeles, particularmente las sopranos: **Akemi Endo** como Sandrina, la jardinera fingida; **Ariadne Montijo** como Arminda, la sobrina del alcalde; **Rosario Aguilar** como Serpetta, la sobrina del alcalde; bien, la mezzo **Frida Portillo** como don Ramiro, el enamorado de Armida. Pero la voz más notablemente mozartiana fue la del tenor **Edgar Villalva** como el conde Belfiore: posee un timbre bello, cálido, y una enorme precisión a la vez que expresividad en su canto: para mí que le espera un gran futuro como cantante mozartiano: hace mucho que no escuchaba una voz como la suya. Brillante y juguetón, el laureado y joven tenor **Leonardo Sánchez** como el alcalde de Lagonero; a la vez serio y divertido, el barítono **Tomás Castellanos** —también con gran estilo mozartiano— como Roberto, el criado de Violante.

El español residente en México José Luis Castillo, ya sabemos, es una de las batutas más exigentes y brillantes del país. Todo lo que toca, sea música del periodo clásico o contemporáneo, adquiere en sus manos un alto nivel de precisión y musicalidad. Supo exhibir, con la discreción necesaria, casi todos los secretos musicales de *La finta giardiniera* y todos, orquesta y cantantes, se convirtieron en sus colaboradores incondicionales.

De la dirección escénica de Cárcamo yo objetaría la intrusión de una pareja de bailarines que pretendían ilustrar a su modo las acciones, pero sólo distraían de la música y la acción central. Por lo demás, su trabajo, a pesar de los escasos medios con que contaba, hizo de *La finta giardiniera* un espectáculo operístico fresco, lúdico, divertido, una celebración del triunfo del amor en medio de las adversidades y las mascaradas, como a Mozart le gustaba. ●